



¿PENSAMOS O CREEMOS EN LA CIENCIA?

José Prieto Darmstadt, Alemania

Agradezco la incursión de Eduardo Zorita en la sociología del cambio climático (número de octubre 2017 de *Tiempo y Clima*). Primero porque indaga en la fe humana en ese cambio y muestra resultados sobre adhesiones y escepticismos, que son elementos irracionales del comportamiento. Comienza el autor subrayando que la humanidad influye en el clima. Como cualquier ser vivo o inorgánico, cabe añadir. El problema es que no sabemos en qué medida. Entre aceptar una parte por millón de responsabilidad de las subidas de temperatura medidas y aceptar el 100% hay hueco para situar casi todas las opiniones ciudadanas. En la base de la resistencia de la sociedad a las medidas de mitigación del cambio está la falta de certidumbre sobre cuánto molesta el humano a la naturaleza. Si es una influencia mínima, no apoyaremos medidas costosas de adaptación. Si es el 99% nos inclinaremos concesivos ante ellas. (O quizá aún nos resistiremos, según nuestra circunstancia. Un escandinavo podría dar la bienvenida a unos grados más para moderar su riguroso clima.) Justo es reconocer que la ciencia no es concluyente, y no sor-



Gustave le Bon, José Ortega y Sigmund Freud, ensayistas de peso y masa. La masa entra en la diana de la ciencia hacia 1800, de resultados de la Revolución francesa, y no tiene aún intención de salir. Idealista y heroica, pero también violenta y acrítica, su psicología fascinó a estos tres autores por su conexión con el individuo, el inconsciente y el hipnotismo

prende su reducida influencia en política.

Contra los escépticos guarda Eduardo la baza fuerte del consenso científico, al parecer ya otorgado de forma vitalicia al cambio climático antropogénico. Consenso viene de consentir, de sentir lo mismo, de condescender y compartir creencias. No es un grado de excelencia que se otorga a algunas afirmaciones y a otras no. Y no hay definición científica de consenso. Al contrario, consentimos o consensuamos para dar fuerza por vía subjetiva o por indulgencia a lo que no acaba de convencer por lógica o intuición racional. Consenso científico es una contradicción entre sus dos términos. Mejor entonces no embarrar el valioso trabajo de esclarecimiento de nuestros sabios con ar-

gumentos al estilo “pero si todo el mundo está de acuerdo menos tú”. No creer a los científicos puede tener raíz en la política, pero no debe tomarse como afrenta a la ciencia, que huye de afirmaciones taxativas y exactas al 100 % de confianza. Cualquier escéptico tiene su punto porcentual de razón. La ciencia debe encontrar claves para entender y sacar provecho del entorno, debe explotar el ingenio, dejando a otros la decisión sobre su utilización más o menos extendida. La autoridad social y política del saber, mencionadas en el artículo de Zorita, no debería preocupar en el gremio científico, aunque ese gremio tenga que explicar sus hallazgos y comunicar con la sociedad, en correspondencia al apoyo público que recibe.

En abril 2017 hubo en muchas ciudades occidentales una manifestación a favor de la ciencia y la investigación como herramientas ajenas a ideologías, ante los intentos de distorsión de los hechos por el nuevo gobierno en EE. UU.. Bien veo la expresión de tal grito, pero me incomodó que algunos participantes identificaran ciencia con verdad y hasta se proclamaran portaestandartes de la razón. Me pareció de soberbios, que en lugar de destapar la deshonestidad de los otros, se presentaban vestidos con la verdad suprema. Reclamar que se está en lo cierto es infantil. Aunque nos acojamos a que sólo los niños (y los locos) digan la verdad, alternativamente podemos escuchar a Goethe en que sólo lo fructífero es verdadero. Y el trabajo científico hay que admitir que no siempre es tan fructífero y concluyente como se espera de él: Por ejemplo, lo que hoy recomiendan expertos en dietética, si es que puede haber acuerdo entre ellos, no se parece en nada a lo aceptado veneradamente hace 30 años sobre alimentación saludable. La forma de actuar frente a enfermedades bien conocidas se llena de contradicciones en una década. Las previsiones económicas, las sociológicas, hasta las astronómicas, meteorológicas y climáticas, están siempre lejos de la certeza. En febrero de 2013 un enorme meteorito cayó por sorpresa en Tscheljabinsk, Rusia, cuando los telescopios del mundo se orientaban al otro lado de la Tierra, hacia otro meteorito más pequeño que pasó a 20 distancias lunares. Creemos ciegamente en la última versión de los conocimientos, olvidando que todas las versiones previas contenían numerosos errores, aunque se presentaran en su día como definitivas e indudables. Ahora es evidente para muchos el rápido calentamiento de la atmósfera, pero no sabemos si es la primera vez que ocurre tan raudo en la historia geológica, y por tanto seguimos ignorando si son los humanos sus causantes principales.

Stephen Hawking, una eminencia en su campo de estudio, proporciona un ejemplo paradójico de los caprichos de nuestra flacamente asentada fe en la ciencia: Mientras creemos sin pestañear sus asertos astronómicos, aunque

no los entendamos, sonreímos bondadosamente hacia el médico que, con los mejores instrumentos diagnósticos de su época no le dio más de dos años de esperanza de vida por su enfermedad, hace medio siglo. Y seguimos sin entender por qué se equivocó. Hablando de terapias, no vendría mal hacer un estudio sobre el efecto, beneficioso o nocivo, de la ciencia en la sociedad. ¿Estaríamos peor o mejor sin ciencia? ¿Lo sabemos? ¿Está demostrado. o es un consenso? Ortega y Gasset, autor de ‘La rebelión de las masas’, escribió que no es tanto la ciencia como la creencia en ella la que nos ha cambiado la vida. Las evidencias no resultan de una lucha sintetizadora entre ideas, por las que cada cual toma partido, como en el ejemplo de Zorita sobre el gol. Lo evidente surge más bien del forcejeo entre ideas y creencias. Creencias son

certezas que hemos recibido de forma acrítica y pasiva del entorno. Son nuestra cultura. Las ideas, por oposición, son los resultados de nuestro aprendizaje crítico, sobre todo en los campos más sorprendentes y novedosos de actividad. Para cualquier cultura, un cambio rápido del clima queda descartado por principio, pues la cultura es una especie de media móvil que recoge el saber de muchos siglos anteriores, que no han visto hasta el presente tal cambio. Sólo como novedad puede aceptarse esa posibilidad, y para eso hay que pasar por filtros críticos.

Por eso la ciencia nunca alcanza aceptación rápida en sus descubrimientos. Nos cuesta quitar valor a nuestra cultura por ventajas de lo novedoso que están aún por demostrar. No queremos arriesgar nuestro delicado equilibrio de certezas dando gran peso a la ciencia. Ante lo científico habrá siempre incredulidad, y esa es la condición con la que tienen que contar sus creadores, mientras se olvidan de exigir fe para sus postulados.

Una compañera de trabajo se indignaba conmigo en ocasión reciente. Cómo podía yo poner en duda las opiniones de los científicos. ¡Si son doctores!, argumentaba. Ciertamente son opiniones más valiosas que la mía, modesto pa-

ciente, pero hay que recordar que los doctores han estado equivocados... toda la historia. Salvo quizá en el momento actual. ¿Hemos llegado al momento histórico en que la ciencia, por fin, ha alcanzado la verdad?

Defiendo el acuerdo de París por el clima, estos días en riesgo de ver paralizada su aplicación, y estoy a favor de llevar una vida más acorde con el respeto a la naturaleza, procurando resguardarla de cambios drásticos, más que nada por creencia en que los cambios súbitos pueden obrar cataclismos. Si no actuamos con contención “pronto será tarde”. La actual Casa Blanca es alérgica a los científicos, ha suspendido su tradicional feria de la ciencia, y ya no ofrece una recepción a los numerosos premios Nobel de EE. UU., por su parte aliviados de tan incómoda visita. Pero

no veo bien que caigamos en una confianza absoluta y entregada a los postulados actuales del cambio climático, aún no confirmados, o exijamos su aceptación universal. Esa sería una estrategia perdedora, de “losers”, como entonaría Trump.

Finalmente, el escepticismo es motor de la ciencia, y no rémora. Tarea del estudioso es poner en duda los asertos en que se basa su trabajo. En el juego de resistencia de lo establecido o concesión a la crítica será donde se genere un conocimiento más robusto. Si hay incredulidad sobre las afirmaciones científicas, nuevos

experimentos y observaciones deberán aportar argumentos para su aceptación. Cualquier observación, por evidente e indudable que parezca, tendrá un margen de error. El error es la envoltura de fenómenos desconocidos hasta la fecha y que aguardan más esfuerzo de elucidación. Pero por más que el progreso se abra camino, en cualquier tiempo y lugar, el conocimiento estará impregnado de fe, de incertidumbre, de intervalos de confianza, de error y de sensación de fracaso. No debe importarnos. Porque también en ciencia ganamos aunque nos equivoquemos. Según apostillan los agentes de bolsa, “siempre que nos equivoquemos menos que la mayoría”.



CIENCIA Y CARIDAD (perdón a Picasso)

- ¡Por caridad, dejen ya que me muera!

- Calma, señora, confíe usted en la ciencia, que la salvará, y tómese el twitter calentito que le ofrece la hermana.